

Un París en la memoria

Guadalupe Loaeza

Guadalupe Loaeza —autora de Las niñas bien y Compro luego existo, entre otros libros— aborda en esta crónica la figura memorable de Juan José Arreola y su estancia en París en 1945 para integrarse a La Comédie Française dirigida por Louis Jouvet.

“No he tenido tiempo de ejercer la literatura. Pero he dedicado todas las horas posibles para amarla. Amo el lenguaje y venero a todos los que mediante la palabra han manifestado el espíritu, desde Isaías a Franz Kafka”, declaró Juan José Arreola. Y, por ese amor, llegó a ser escritor y miembro de la generación que transformó la literatura mexicana. Rompió con las estructuras tradicionales dando rienda suelta a su imaginación con gran sentido del humor mediante una narrativa en donde abunda lo absurdo, lo fantástico y lo alegórico. Borges dijo de él:

Desdeñoso de las circunstancias históricas, geográficas y políticas, Arreola, en una época de recelosos y obstinados nacionalismos, fija su mirada en el universo y en sus posibilidades fantásticas. Que yo sepa, Arreola no trabaja en función de ninguna causa y no se ha afiliado a ninguno de los pequeños “ismos” que parecen fascinar a las cátedras y a los historiadores de la literatura. Deja fluir su imaginación, para deleite suyo y para deleite de todos.

El estilo y las formas de la ficción breve que cultivó Arreola, en obras como *Confabulario*, *Bestiario*, *Palin-droma*, “El guardagujas”, representaron, durante algún tiempo, un problema para los especialistas de la literatura, ya que el escritor no se afiliaba a ningún movi-

miento ni podían clasificarlo dentro de una vanguardia específica. Sin embargo, ahora es recordado y reconocido, junto con Juan Rulfo, como uno de los grandes escritores jaliscienses y el mejor escritor de ficción breve de México. Igualmente, se le recuerda como el escritor que cambió la palabra escrita por la palabra oral y se convirtió, como dijo su amigo Guillermo Schmidhuber de la Mora, en el juglar, el narrador épico que traía las noticias en las épocas en que no había medio de comunicación. No le bastó con las letras, necesitó la palabra bien dicha y mejor pronunciada.

Juan José Arreola nació el 21 de septiembre de 1918, en Zapotlán el Grande, Jalisco. “Un pueblo, ha dicho, que de tan grande nos lo hicieron Ciudad Guzmán, hace cien años. Nací entre pollos, puercos, chivos, guajolotes, vacas, burros y caballos”. Además de todos estos animalitos, creció entre trece hermanos. Juan José era el cuarto hijo de Felipe Arreola Mendoza y de Victoria Zúñiga de Arreola, quienes consideraban que la mejor manera de disciplinar y educar a su prole era pegándole. “Coscorrones, cachetadas, nalgadas, cuerceras y, a veces, hasta patadas, ése era nuestro mundo”, recuerda Arreola en *Memoria y olvido. Vida de Juan José Arreola (1920-1947)*, contada a Fernando del Paso (CONACULTA). A pesar de que hoy se considera ese trato como algo cruel, abusivo e indebido, Arreola siempre

bendijo a sus padres y agradeció esa forma de educación, por haberlo hecho responsable, disciplinado y respetuoso de sus mayores.

Siendo aún muy niño oía historias extraordinarias sobre los antecedentes legendarios de su familia, tanto materna como paterna. Todos los relatos que escuchaba, avivaban su imaginación y gracias a su extraordinaria memoria, retenía datos, fechas y nombres que más tarde pudo evocar con gran exactitud. Cuando, muy pequeño, enfermó de sarampión y de una infección intestinal que lo mantuvo en cama durante un largo tiempo, su hermana Elena se ocupó de él. Le leía cuentos de Andersen y Perrault, pero los que más le dejaron huella fueron los cuentos de Edmundo d'Amicis, *Cora-zón diario de un niño*. A los tres años de edad, sus hermanos lo llevaron a la escuela de oyente, con el resultado de que aprendió a leer de oídas y de corrido. Juan José era un muchacho sumamente sensible, muy apegado a su madre.

Yo soy un hombre que no perdonó nunca, ni ha perdonado, ni probablemente perdone jamás el haber sido expulsado del vientre materno.

El hecho de haber tenido que compartir el cariño y la atención de su mamá con trece hermanos lo resintió mucho y le hacía constantes reclamos. Ella se reía y le contestaba: "Pero si tú fuiste el más latoso de todos". Tan latoso era que su padre se veía obligado, a base de regañadientes y golpizas, a llevarlo a la escuela porque se rehusaba a asistir.

Arreola disfrutaba alegre e intensamente la vida de pueblo rodeado de su numerosa familia. Tenía, además de sus hermanos, amigos con quienes compartir sueños, aventuras, experiencias, travesuras e infinidad de

juegos. Entonces era muy amigo del después historiador José Luis Martín ezy de Juanito Rulfo. Igualmente, se distraía con las frecuentes celebraciones, fiestas patrias, religiosas y familiares de su querido pueblo. Disfrutaba enormemente de los olores y sabores que le ofrecía el campo, la riquísima cocina tapatía y las nieves de todos los sabores, especialmente de arrayán. Pero sin duda, una de las actividades que más disfrutaba era la lectura de los libros que las señoritas Yuyú y Pepa Dávalos, directoras de colegios para niñas, tenían en su biblioteca. Entre los ocho y once años de edad, Arreola ya había leído dos o tres docenas de autores importantes de la literatura universal y más tarde conoció las obras de poetas y escritores mexicanos, como Amado Nervo, Luis G. Urbina, Enrique González Martínez, Ramón López Velarde, Alfonso Reyes y otros.

Cuando tenía trece o catorce años de edad, el cine era una de sus principales distracciones. Conseguir permiso para ir siempre era una lucha con sus padres. Su hermano Rafael y él ahorran para poder ir todos los domingos a los cines de barrio. Fue en esta época cuando se aficionó, en particular, a las películas francesas. Mientras que el Presidente Pascual Ortiz Rubio dirigía a los secretarios, jefes de departamento y procuradores, una circular instruyéndolos de que se abstuvieran de hacer declaraciones públicas sin consultar al Ejecutivo, Juan José niño observaba algunos noticiarios franceses, en donde admiraba a Josephine Baker con su falda de plátanos o escuchaba por primera vez sobre un joven pintor llamado Salvador Dalí.

Más tarde, a los dieciséis años, se fue a vivir a Guadalajara, en donde desempeñó numerosos oficios: vendedor de telas, tepachero, despachador en una tienda de abarrotes y hasta limpiador de baños. Junto con su hermano Rafael vivió en la Ciudad de México de 1937 a



Vue général de L'École militaire et de L'École de guerre, Paris

1940, tiempo durante el cual hizo estudios de actor bajo la dirección de Fernando Wagner. Empezó a frecuentar el mundillo cultural de la ciudad y se hizo amigo de Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia y Octavio Paz, con quienes discutía la llegada a México de Trotsky, cuyo asilo había sido gestionado por Diego Rivera, y su intervención fue definitiva para que Lázaro Cárdenas accediera. A pesar de que se le había abierto el mundo, Arreola extrañaba la vida de provincia y decidió regresar a Zapotlán. “Huí de México como de una Sodoma”, escribió, “pensé que nunca más iba a volver”.

En su pueblo natal publicó su primer cuento formal “Noche de Navidad” en el diario de Zapotlán. Sin embargo, como era muy inquieto, el pueblo le quedaba chico y regresó a Guadalajara en 1942, para trabajar en el periódico *El Occidental*. En 1944 contrajo matrimonio con Sara Sánchez Torres. Durante todo ese tiempo su afición por el cine francés no había menguado, al contrario, ahora tenía una obsesión: conocer personalmente al actor francés Louis Jovet. Le interesaban no sólo las películas en sí, sino también los actores. Le gustó mucho este actor porque actuaba estupendamente bien, era muy inteligente, tenía amigos que eran escritores importantes y, sobre todo, también escribía. No se perdía ni una película en la que él aparecía, y coleccionaba fotos e historias de él. Vio tantas películas francesas que acabó aprendiendo la lengua.

Cuando, en 1944, se enteró de que Jovet iría a Guadalajara para presentar unas obras en el Teatro Degollado con La Comédie Française, compañía teatral encabezada por el mismísimo actor, Arreola se las arregló para recibirlo a su llegada y, más tarde en el teatro, en su camerino se presentó con él. Jovet se quedó asombrado por el entusiasmo, el conocimiento de la literatura francesa, el gusto por el cine galo y por toda la información que de su carrera como actor tenía tan

excepcional joven mexicano. En julio de 1945, el actor le envió una carta invitándolo a estudiar actuación en París. A pesar de estar recién casado, su esposa lo animó para que aceptara: “Vete con Louis Jovet, y si te va bien en París, pues me escribes, o mandas por mí”. Arreola no se hizo del rogar. Su sueño era visitar París y tomó la decisión de partir hacia Francia. Acababa de terminar la Segunda Guerra Mundial.

Con referencia al relato de su llegada a París con un grupo de latinoamericanos, que narra en el libro *Memoria y olvido...*, su madre pudo haber recibido la siguiente carta.

Mi querida mamacita:

París, 18 de septiembre, 1945

Después de una difícil travesía por barco, llegué al puerto del Havre en Francia. Tomamos el tren y antes de la medianoche llegamos a París, donde nos recibió un señor alto, que dijo ser *Monsieur* Balança, que había venido a saludarnos y a trasladarnos a nuestro alojamiento. El equipaje lo subieron a un vehículo y nosotros salimos de la estación acompañados por el señor Balança. Y, bueno, casi sin darme cuenta, yo asumí el liderazgo del grupo, me convertí en guía, porque toda mi vida había tenido a mi alcance planos de París y me sabía muchas cosas de memoria. Nos fuimos por la *chaussée d'Antin*, y apenas empecé a ver monumentos o edificios conocidos de París, los identifiqué, y el señor Balança quedó convencido de que yo conocía París *par coeur* (de memoria). “Usted, señor Arreola”, me dijo, “pasará su primera noche en el hotel Lutetia”, y agregó que al día siguiente nos veríamos a las 10:00 en la Ciudad Universitaria, para informarnos dónde cobrar nuestras becas.



Des Invalides, Paris



Le Moulin Rouge, Paris



Le Moulin Rouge, Paris



Le champs-de-Mars, Paris

Así pasé mi primera noche, en uno de los hoteles más bellos de París, que lleva el primer nombre que tuvo la ciudad, y que viene de *ludus* lodo, que es el yeso, el yeso de París. Me acosté exhausto sin cenar ni merendar. En los hoteles no se puede comer nada, todavía están racionados. Al día siguiente me recogió *Monsieur* Balança para llevarme al pabellón de Mónaco, un edificio muy bello de mármol, y me invitó a desayunar en la Casa Internacional. Allí tomamos achicoria, imposible tomar café, algo de pan. La fruta no existe, menos los huevos; el jamón o los frijoles, imposible.

Al cabo del desayuno, lo primero que hice fue ir al Consulado de México. Nuestro embajador es un personaje notable, nada menos que Alfonso de Rosenzweig Díaz. Apenas llegué saludé a Rodolfo Usigli, quien me presentó al primer secretario, León de la Barra. A ti te hubiera caído muy bien. Es un mexicano alto, moreno claro, calvo con las sienes grises y con una fisonomía muy noble. Era como estar ante un noble o un emperador romano, al que nada más le faltaba la túnica. Se asombraron mucho cuando vieron mi salvoconducto del estado de Jalisco, que según ellos no servía para nada, y decidieron darme un pasaporte allí mismo. Me fui a tomar una fotografía para el pasaporte y, después cuando volví a la embajada, me esperaba una sorpresa: también trabaja ahí como agregado cultural Bernardo Reyes, sobrino de don Alfonso, nieto del General Bernardo Reyes, el que murió frente a Palacio Nacional durante la Decena Trágica. Le vendí a Reyes los cigarrillos que llevaba. Después conocí a Jacqueline González Quintanilla, hija del cónsul, una persona espléndida, mujer muy bella que me recomendó reglas de conducta en un París donde florece el mercado negro.

Al mediodía, fui al lugar en donde debería estar Louis Juvet para presentarme con él. Todo lo que sucedió fue curioso, bueno muchas de las cosas que me están pasando tienen algo de sobrenatural. Llegué pues al número 15 de Caumartin, al teatro El Ateneo, a un

lado de la Ópera. Entré por una puerta angosta, de un edificio de apariencia noble, como muchos del centro de París, subí la escalera, llegué a una especie de recibidor donde no había nadie, subí tres pisos cuando menos sin encontrar a nadie, todas las puertas cerradas, los pasillos vacíos. En el último piso, decidí recorrer hasta el fondo el pasillo y me fui directo, como guiado por un imán, hasta un despacho que tenía la puerta entreabierta. La abrí, entré y alguien apagó la luz de la habitación en ese momento. Al parecer un hombre alto que preguntó: “Qui est-ce?”. Y yo respondí, en la oscuridad: “Je suis Arreola, de Zapotlán: Yo soy Arreola de Zapotlán, au Mexique, monsieur”, y entonces él prendió la luz y exclamó: “Bueno finalmente llegaste a París”. Me dio un largo abrazo. Se veía muy contento. Me dijo que estaba a punto de salir, pero me invitó de todos modos a pasar, me tomó del brazo y me llevó a otro despacho, donde estaba una secretaria a quien le dijo: “Marthe, te presento a Arreola. Quiero que veas todo lo bueno que hay en París en teatro en estos momentos, para que vaya desde ahora. Consíguele dos entradas para todo lo que valga la pena. Películas también...”. Se volteó y me dijo: “Pero no, no, lo que tienes que hacer ahora mismo, a donde vas a ir es a la Comedia Francesa”. Y en una tarjeta escribió: “Querido Jean Louis, te presento a Arreola, que viene de México...”. Era una tarjeta para el gran actor Jean Louis Barrault. Ya te imaginarás cómo me sentí. Esa noche no dormí, creo que hasta canté la Marsellesa. Como ves, madre, mi primera visita a París empieza bien. Te mandaré más noticias. Saludos a toda la familia. Te mando todo mi cariño.

Tu hijo, Juan José.

P.D. Extraño el sol de México, aquí hace un frío endemoniado. Extraño tus guisos, pero sobre todo, la nieve de arrayanes. Un beso. **U**